

MARTINA LA PESCADORA

TEXTOS PAOLA ALVARADO ROMERO
ILUSTRACIONES ANA CIFUENTES PONCE



MARTINA LA PESCADORA

Paola Alvarado Romero

Derechos Reservados conforme la ley

Textos: Paola Alvarado Romero

Edición de texto: Sara Montaña Escobar

Diseño de Portada e Ilustraciones: Ana Cifuentes Ponce

Diagramación: Ana Cifuentes Ponce

Impresión: Publiasesores Cía. Ltda.

ISBN: 978-9942-40-278-3

Esta publicación ha sido financiada por la Oficina de Población, Refugio y Migración (BPRM, por sus siglas en inglés) del Departamento de Estado del Gobierno de los Estados Unidos en el marco del proyecto "Respuesta de Protección Multisectorial para Poblaciones Vulnerables del Ecuador afectadas por la Crisis Humanitaria" Fase II ejecutado por CARE Ecuador, Fundación Alas de Colibrí y Fundación Dialogo Diverso entre el 1 de septiembre de 2020 y el 31 de agosto de 2021.

Los puntos de vista expresados en este documento no representan necesariamente los de CARE, Fundación Alas de Colibrí, Dialogo Diverso. Tampoco representan el punto de vista ni opinión de BPRM o del Gobierno de los Estados Unidos



CARE®



Donación del Gobierno de los Estados Unidos.

ANA



PAOLA



SARA



MARTINA LA PESCADORA

TEXTOS PAOLA ALVARADO ROMERO

ILUSTRACIONES ANA CIFUENTES PONCE



SOBRE LA AUTORA



DIANA PAOLA ALVARADO ROMERO

Cuenca 1 de enero de 1988

Niña Tadeo Torres (Orfanato)

Hija adoptiva de la familia Alvarado Romero.

Mujer en búsqueda de sus raíces indígenas.

Mamá por decisión de Diego Mathias

Sobreviviente de violencia basada en género.

Psicóloga Clínica

Asistente Humanitaria en CARE ECUADOR

Feminista en proceso de deconstrucción.

Gestora de eventos y talleres para la erradicación

de la Violencia Basada En Género.

Vocera de la Colectiva "Creando Juntas"



AGRADECIMIENTOS

A la memoria de mis raíces indígenas.

A Mathi por toda su magia y color.

A los niños y niñas sobrevivientes de acoso escolar.

A mi familia adoptiva.

A Luis por caminar junto a mi.

A mis compañeras de la Colectiva Creando Juntas por acompañarme día a día.

A CARE Ecuador por permitirme compartir este escrito tejido con Ana y Sara desde el amor.

A quienes les quisieron cortar sus alas y hoy vuelan al vaivén del amor, según el clima y el tiempo.







Hace mucho tiempo, en una isla de piedrecitas azules y camarones saltarines, llamada Jam, todos conocieron a Martina la pescadora, una pájara de tamaño pequeño, pero con una gran capacidad y valentía para pescar.

Martina había nacido en isla Lunar, que tenía palmeras tan enormes que casi tocaban el cielo, pero lamentablemente por falta de pececitos, los pajaritos y las pajaritas del lugar, no podían alimentarse.

Es así que, cuando llegaron a la nueva isla, la familia de Martina la pescadora, festejó con hermosas danzas en el cielo. ¡Al fin podrían pescar y obtener alimento!

Ya nunca más sentirían en sus estómagos el rugido de un monstruito pidiéndoles comida.



Martina tenía que ir a la escuela que estaba dentro de un huequito, de una pamera llamada "La Sabia". La pajarita estaba feliz de hacer nuevos amigos y amigas.

-Adiós, mamá, volveré pronto y te contaré a ti y a papá cuántos amigos hice y después pescaremos juntos - exclamó Martina, dándose el último retoque frente a un espejo de gotitas de agua.

Cuando llegó a la escuela, se encontró con Juan gaviota, el ave más popular en la escuelita, quien ni bien vio a Martina, voló alrededor de ella y le dijo alzando la voz para que todos escucharan:

-Miren amigos, ¡qué ave más pequeñita! Parece un gusanito de la playa, y dio una fuerte carcajada. Enseguida, todas las aves del salón se rieron mientras señalaban a Martina.





Todos se rieron, menos, Alicia la garza, quien permaneció callada e hizo como si no hubiera visto nada y continuó escribiendo todos los días en su cuernito de hojas verdes.

Lastimosamente, este episodio se repitió todos los días.

Los pajaritos y pajaritas cuando veían a Martina se burlaban de ella y la comparaban con mosquitos, mariquitas y hasta cucarachas. Incluso le ponían goma de mascar en el asiento y la pajarita tenía que regresar con sus plumas pegajosas a casa.

Martina, que ahora era una pajarita triste y callada, había aprendido a mentir a sus padres. Cuando ellos le preguntaban cómo le iba en la escuela, ella mostraba una sonrisa muy grande en su piquito y les decía que tenía varios amiguitos y que hasta la felicitaban por ser tan buena pescadora.

Verán, en el fondo Martina sentía mucho miedo, su autoestima estaba hecha pedacitos como una ramita rota debajo de sus patitas.





Un lunes temprano en la mañana, la mamá de Martina la pescadora, la despertó, le dio un beso en su mejilla y le dijo cantando:

-Martina, levántate pequeña, limpia tus alitas, come tus gusanitos y luego ve a estudiar.

Martina, toda huraña y cansada le respondió:

-Mamá, no quiero estudiar, me aburre. Además, yo nunca seré buena pescadora, soy del tamaño de una hormiguita. Ojalá ustedes hubieran sido como un piquero de patas azules o una gaviota ágil y hermosa. Ya no quiero ser su hija.

-Odio ser tan pequeñita. Lo odio!

La mamá de Martina, se sintió muy triste al ver a su hija sufrir, pero también estaba herida por todo lo que había dicho la pajarita. El papá de Martina que había escuchado los gritos desde afuera, entró inmediatamente y obligó a la pequeña a ir a la escuela.





Martina iba volando con su cabeza hacia abajo, muy aburrida porque sabía que ni bien entrar a su salón de clases, empezarían las bromas y los malos tratos hacia ella. Pero la pajarita ignoraba que ahora Juan gaviota y sus amigos, la iban a picotear ¡iban a picotear su pequeño cuerpecito!

Cuando Juan gaviota y sus amigos vieron a la pajarita se acercaron hacia ella y empezaron a picar su cabeza, sus alas y hasta su pancita. Martina estaba muy asustada, lloraba y lloraba pidiendo que dejaran de lastimarla. Juan Gaviota y sus amigos le decían:

-Regresa a tu isla, no vengas a adueñarte de nuestros pescados. Vuelve a tu isla, Martina, tú no eres de aquí.

Alicia, la garza, quien desde lejos había observado este horrible espectáculo, se acercó volando rápidamente, tomó a Juan Gaviota de un ala y solo así pararon de lastimar a Martina. La pajarita estaba temblorosa, no dejaba de llorar y casi se cayó del cielo porque no podía seguir volando por el susto.





Alicia, la garza, estaba muy enojada. Sin soltar el ala de Juan Gaviota le dijo:

-Ya dejen de molestarla, ¿acaso no sabes que los Martínez pescadores son ágiles aves y habitan en muchas partes al igual que nosotros?. Recuerda Juan que tu hermana está en Canarias estudiando, a ti no te gustaría que la traten mal.

En ese momento, soltó el ala de Juan gaviota y él y sus amigos se fueron volando sin decir nada.

-¿Estás bien?- preguntó Alicia la garza a Martina.
Martina en medio de lágrimas le susurró:

-Al menos sigo viva, pero me siento tan triste y tan sola que solo quiero regresar a isla Lunar, ahí tenía muchos amiguitos y aunque teníamos hambre, yo me sentía feliz.

Alicia abrazó a la pequeñita, acarició su cabecita con mucha dulzura y le manifestó:





-Martina, ya no debes callar. Debes decirles a tus padres sobre las horribles cosas que te han hecho. Perdóname por quedarme callada tanto tiempo, no quise meterme porque también sentí temor de que me dijeran bromas desagradables. Pero ya no más. Lo de hoy fue espantoso y no quiero que vuelva a pasar. Toma de mi alita y vamos juntas, a contarle a la directora para que te ayuden, querida pajarita.

Cuando la directora, Sandy la flamenca, escuchó a Martina hablar sobre lo sucedido, sintió mucho coraje. Citó inmediatamente a los papás de Juan gaviota y a los de sus amigos y les narró las horribles acciones que habían cometido sus hijos. Los padres de estas avecitas malcriadas se sintieron muy avergonzados y se comprometieron a educar de mejor manera a sus pequeños.

Martina se disculpó con su familia por haber sido grosera y a su vez, los padres de Martina le pidieron perdón por no haber conversado con ella y haberla escuchado con más atención. Se dieron un fuerte abrazo y como celebración, comieron un delicioso caldo de pececitos dorados.





De regreso a clases, Martina sabía que sería un día diferente, ya no tendría temor de ser pequeña, al contrario, después de la plática que había tenido con sus padres, sabía que su pequeño tamaño la hacía más ágil para pescar.

Y así fue...

Martina batió sus pequeñas alitas, se dirigió en dirección al agua y pescó peces de todos los colores y tamaños.

Todos, incluido Juan gaviota, se quedaron maravillados y dieron un aplauso a la pequeña pero gran pescadora.

De esta manera, las aves de esa escuela tuvieron una gran lección que nunca olvidarían:

Nunca debemos juzgar a nadie por ser diferente o ser de otro lugar, siempre podemos ser una alita o una manito amiga para los demás.





ESTA PUBLICACIÓN SE REALIZÓ GRACIAS AL APOYO DE:



care®



DIALOGO
IVERSO



Donación del Gobierno de los Estados Unidos.

ISBN: 978-9942-40-278-3



9 789942 402783

